«La prostituta de número,» está, como la otra, en una casa, de la que depende.

Ambas se alojan en ellá.

Ambas en ella comen.

La única diferencia que existe en sus posiciones respectivas, es que la de «número» paga una pension á la dueña de la casa.

El precio de su tocado, fijado está, asi como el de su alojamiento, y el de la comida.

Y segun este arreglo, siempre convencional, parte con la dueña de la casa los productos de su prostitucion.

Si, por un lado, la condicion de la «de número» parece preferible á la otra, puesto que puede hacer economías, mientras que la segunda no, por otro, la posicion de la primera es mas enojosa, porque la segunda vive sin inquietud, en tanto que la otra tiene que ocuparse de sus diarias necesidades, y llega á la miseria si nadie la solicita.

Ya hemos contado las tribulaciones abyectas de las prostitutas supernumerarias.

Pero son mucho mas desgraciadas las de número que no encuentran víctimas, ó que las encuentran raras veces.

Sus gastos aumentan;

Su deuda crece...

La dueña de la casa no las deja en paz ni sosiego, hasta el punto de hacerles la vida insoportable.

Las prostitutas de número y las de categoría precedente son por lo general, criadas ó niñeras sin colocacion;

Obreras sin trabajo;

Hijas maltratadas por sus padres, en la imposibilidad de vigilarlas y ni aun de darles lo necesario para vivir, y que las obligan, por decirlo así, á abandonar el techo paternal y arrojarse en el abismo de la prostitucion, cuyas apariencias seducen á la jóven indigente é inesperta, movida primeramente por una necesidad imperiosa, pero dominada despues por el deseo de un falso lujo que le fascina los ojos.

Viene una enfermedad que altera su frescura,

Que destruye sus encantos, objetos de la esplotacion de las dueñas de casas públicas.

¿Y qué sucede?

Que la víctima es espulsada ignominiosamente de ellas...

Casi desnuda...

Sin un «sueldo»...

Espuesta á todos los horrores de la miseria...

Y lo que es peor:

Indigna ya de la piedad á que podia pretender, cuando su indigencia se hallaba todavía exenta de toda impureza.

La «prostituta de tarjeta» se halla aparte de las «supernumerarias» y de las de «número.»

Es libre.

Puede vivir donde bien le parezca.

Ir á aquí ó allá, con tal que se presente con exactitud á las visitas de los médicos, en el tiempo marcado por los reglamentos.

Para asegurarse de la exactitud de estas prostitutas, en las miras de salubridad que se ha propuesto, la Administracion entrega á cada prostituta aislada una tarjeta numerada, en la cual se hallan incritos sus nombres y apellidos,

Así como las épocas de cada visita de los médicos.

Despues, con ayuda de un signo adoptado y colocado en la columna destinada al exámen, con la fecha de la visita, los empleados del Dispensario, los agentes, y los médicos reconocen cuántos dias han pasado desde que la jóven provista de la tarjeta se presentó á la visita.

Y si se halla sana.

Cada año, renuévase la tarjeta.

La mayoria de esta clase de prostitutas surje de la clase obrera.

Entréganse primero á la prostitucion clandestina, despues de su trabajo diario.

Ya sea en casas de citas:

Ya en tabernas;

O en cualquier otro lugar.

Pero, en interés de la salud pública los agentes de la autoridad las someten á la visita de los médicos.

Y despues las obligan á incribirse como prostitutas públicas, cuando han sido sorprendidas muchas veces en flagrante delito.

La prostituta aislada puede, á gusto suyo, entrar en una casa pública devolviendo su tarjeta en las oficinas de policía.

Desde aquel momento, queda comprendida en la categoria de las de número.

Y cuando desea volver á su primitivo estado, reclama su tarjeta, que le es devuelta.

Las prostitutas de esta clase tienen algunas veces un cuarto amueblado, porque encuentran, aunque pasageramente, quien las mantenga.

Muchas de ellas, tambien, habitan en el seno de sus familias.

Y estas ignoran, por supuesto, el estado de envilecimiento en que viven tales desgraciadas.

Las cuales suelen pertenecer, como hemos dicho, á la clase obrera.

Y tienen facilidad para burlar la vigilancia de sus padres.

Puesto que salen de su casa por la mañana, para dirigirse á sus talleres, y no regresan sino á una hora muy avanzada de la noche y cuando ya hace rato que sus padres duermen.

Estas prostitutas «sumisas ó nó,» aflugen de las ocho á las nueve de la noche, por las cercanías de las casas de cita.

Hacen señas á los transeuntes.

Y se hacen seguir.

La mayoría se hallan alojadas en «garní,» y en esta clase es donde se suelen encontrar esas miserables, que no teniendo ya de criatura humana mas que la envoltura gastada y repugnante, forman el cuadro mas asqueroso que puede ofrecer la naturaleza en su degradacion rápida y en su precoz decrepitud.

Hay aun otra clase.

Es una prostituta aislada ó con tarjeta, pero con formas modestas.

En las calles, en las plazas, en los paseos, no se la distingue aparentemente de la muger honrada.

Su aspecto es decente.

Su lenguage reservado.

No deja caer la máscara, sino despues de haberse asegurado bien de las intenciones de su interlocutor.

Si se hace seguir por su figura elegante ó por una mirada lanzada diestramente sobre el hombre á quien desea atraer, se la vé, siguiendo su camino, con los ojos bajos y modales modestos;

Nada denuncia su vida desordenada.

Detiénese á la puerta de una casa, ordinariamente de bella apariencia.

Allí, espera al «señor».

Se esplica abiertamente con él..

Y si á él le convienen los tratos, es introducido en una habitacion elegante, y aun lujosa, donde no encuentra ordinariamente más que á la «señora» de la casa.

Hablaremos más adelante de estas casas, al tratar de la division de los lugares donde se ejerce la prostitucion.

Podria creerse que esta última clase de prostitutas halla menos espinas en su carrera, que las otras.

Habria error en ello.

Su existencia, como la de todas sus compañeras, es un curso nunca interrumpido de desórdenes.

Nunca se hallan exentas de las genialidades de sus dueñas ó «señoras» de la casa adonde acuden.

Asi como de los malos tratamientos de algunos hombres.

Alcánzanlas las enfermedades vergonzosas.

Sus encantos desaparecen al cabo de poco tiempo.

Quedan sometidas á las humillaciones mas viles.

¡Y deslízanse rápidamente por la pendiente de la prostitucion, hasta el punto de que la juventud las sorprende, ya, á la

mayor parte, en la via pública, y habiendo descendido al último escalon de la infamia!

. . . . . .

La «entremetida ó procuradora» es la «proxeneta» de la prostitucion.

La que desempeña este papel infame, es mil veces más culpable que las prostitutas.

Sin sus promesas;

Sin sus halagos;

Sin sus azucaradas mentiras...

¡Cuantas de estas desgraciadas no ocuparian un sitio conveniente en la sociedad, y no se verian rodeadas de la afeccion de sus semejantes, y de la general estimacion!

Pero.. ¡cómo sustraerse siempre al manejo astuto de una de estas viles mugeres!

¡Sus astucias reprodúcense bajo tantas formas!

¡Dánles colorido con medios tan especiales!

¡Precisa seria una virtud muy sólida para resistir constantemente á sus incesantes ataques!

Y desgraciadamente, las pobres jóvenes que son su punto de mira, déjanles siempre ver su lado débil:

Ya sea en una situacion precaria, vecina de la indigencia.

Ya en un gérmen de inclinacion á la pereza.

O en el deseo estremo de una existencia superior al rango que el destino les habia señalado.

La entremetida muéstrase:

En la ciudad;

En el campo;

En los paseos;

En las iglesias;

En los teatros;

En los conciertos...

Encuéntrasela siempre al lado de la jóven recien llegada á París.

Le ofrece sus servicios:

La arrastra á su casa:

La rodea de lazos, con objeto de perderla para siempre.

Bajo pretesto de vender artículos de tocador, á un precio muy inferior al corriente, introdúcese en los almacenes;

En los talleres;

En las casas particulares...

Allí examina su presa;

La devora con sus miradas...

¡Ay, desgraciada de la novicia que le convenga!

¡No hay astucia que la haga retroceder, con tal de sacrificar á su víctima!

Si la jóven designa un objeto que le agrada, y le asigna un valor, la entremetida se guardará muy bien de cerrar el trato.

Procurará hablarla en particular...

Acabará por atraerla á su casa.

Entonces...

¡Ay!

Toda esperanza de salvacion es perdida para la pobre inocente.

¡Su pérdida, aunque lejana, es segura!

Hed aquí un ejemplo.

Lo hemos escogido entre mil de los que esa clase de mugeres llevan á cabo para lograr su infame objeto.

Un «cliente», hombre de edad madura, se presentó, como por casualidad, en casa de una almacenista de objetos de tocador, á la hora en que una jóven se encontraba allí.

Al ver á una tercera persona, se confundió en escusas...

Y finjió querer retirarse para no importunar.

Se informó de la salud de la almacenista, y la réplica de esta no se hizo esperar.

Entonces comenzó la siguiente conversacion.

—¿Pero... se vá V.?

—Sí, ya he dicho que no queria incomodar. V. V. estarian ocupadas, y yo he venido á interrumpir...

—De ningun modo. Quédese V. Esa butaca le está tendiendo cariñosamente los brazos.

—Pero...

—No incomoda V. ¿Acaso un hombre como V., puede ser importuno en alguna parte.

—Gracias. Es V. muy amable.

—¡Hace tanto tiempo que no he tenido el placer de ver á V!

—Pues cada dia es V. mi primer pensamiento.

—Entonces, no comprendo por qué razon prolonga V. sus ausencias.

Yo, que le aprecio tanto...

—¡Vamos, me confunde V. con sus elogios!

—¡Es que no puede V. figurarse hasta que punto le aprecio. Sin embargo, todo se lo merece V.!

—¡Es V. demasiado indulgente!

—¿Acaso ignoro los socorros que presta V. á sus parientes, y áun á personas estrañas..!

—La filantropía es un sentimiento tan natural...

—¿Y esa suscricion que ha reparado todas las pérdidas del último incendio, y que V. ha iniciado?..

—¡Ese recuerdo es una dicha para mi!

—En él se reconoce el buen corazon de V. ¿Y aquella jóven tan horriblemente engañada por su amante, rechazada por su familia, y sumida en la miseria, á quien V. ha sacado del abismo, poniéndola al frente de un rico establecimiento, y en estado de reconquistar una bellísima posicion social?

—¡Cedí á un sentimiento de generosidad, del que no creia tener que arrepentirme... pero olvidemos, se lo ruego V., el poco bien que haya hecho en este mundo, y sobre todo no me recuerde V. que he hecho el bien á ingratos!

—¡Qué no haria V. por una jóven bella, virtuosa, que comprendiera la dicha de unas relaciones con un hombre honrado como V., sin comprometerse en lo mas mínimo!

—Apesar de mi triste esperiencia, puede que aun fuera bastante débil para interesarme por ella.

—¡Le haria V. mucho bien!

—¡Pst!

—¡Le conozco á V. demasiado!

—¡Es posible!

—¡Ya lo creo!

—¡Y puede que volviera á ser engañado! ¡Esta idea me desespera, tanto mas, cuanto que yo no he engañado á nadie en mi vida!

—Deseche V. ese temor.

—¡Bah!

—¡Hoy encuéntranse jóvenes de sanos principios, de muy buenos y muy elevados sentimientos!

—Si así hallase á alguna...

—¿Y si se presentara?

—¡Cómo!

—Sí. Si hallase V., una, cuya razon iluminada formase de V. una opinion, segun su mérito: que fuese susceptible de simpatizar con V., en carácter, en inclinaciones, en costumbres.

—¡Qué es lo que me está V. diciendo! ¡Eso seria hallar un paraiso en la tierra!

—¿Y bien?

—Una jóven tal como la imaginacion de V. me la presenta, seria para mi una divinidad.

¡Consagraria toda mi vida á labrar su ventura!

No dejaria que formase un deseo, sin cumplírselo.

¡Y seguro de que su gratitud pagaria mi abnegacion, seria cada dia mas dichoso!

Durante este diálogo, sin pretensiones en apariencia, como si ambos interlocutores se hubieran hallado solos, la mente de la jóven que le escuchaba, trabajaba vivamente.

Exaltábase su imaginacion...

No consideraba la edad de aquel señor, tan distante de la suya.

Impresionada por los elogios de la proxeneta, no pensaba mas que en la suerte brillante que mereciera el amor y los beneficios del generoso y desprendido caballero.

Su corazon palpitaba de temor y de deseo...

Y despues de las últimas palabras del viejo libertino, si se hubiese atrevido, le hubiera dicho:

—¡Yo soy esa que V. busca!

¡Yo le amaré á V. con delirio!

¡Yo lo haré todo por complacer á V.!

La imprudente joven no salió de sus meditaciones, sino al ruido que hizo el personage al levantarse y despedirse de ellas.

La almacenista le hizo prometer que no escasearia sus visitas á la tienda.

El, echó la culpa de sus largas ausencias á la distancia de la casa donde vivia.

Y á sus frecuentes escursiones al campo.

Además de sus numerosas é importantes ocupaciones.

Sin embargo, se fué, dejando á la jóven con la esperanza de que no tardaria tal vez en volver.

Apenas salió, la entremetida comenzó á hacer elogios de la fortuna de aquel hombre...

De su generosa bondad...

Desarrolló por segunda vez el cuadro ilusorio de la felicidad que aguardaba á la muger que eligiese.

Despues, por medio de una súbita transicion, pasando del tono solemne al mimoso, tomó una mano de la pobre jóven...

La estrechó entre las suyas...

Y sonriendo agradablemente, le dijo:

—No sé lo que me induce á creer que V. será esa persona tan privilegiada.

—¿Yo?

—¡Sí!

—¡Ah!

—Y si así fuera, cuánto no me felicitaria de ser la cáusa de la fortuna de Vd., de su ventura!

No soy rica.

Pero si fuera necesario para que esto se llevara á cabo, dar lo mas precioso que poseo, lo daria de todo corazon.

—¡Oh, gracias!

—Sí; estoy cierta de que V. me recompensará un dia...

—¿Cómo no?

—V. es buena tambien...

—¡Por favor...!

—¡No conozco á ninguna que mejor merezca tanta ventura!

Ante este nuevo ataque, la pobre jóven fascinada, deslumbrada, fuera ya de sí, no supo donde estaba.

Temblaba de inquietud...

Lloraba de alegría...

La entremetida habia conseguido su objeto.

Contemplaba á su víctima luchando en vano contra sus seducciones...

Sonrió, al notar las últimas convulsiones del pudor...

Y al fin...

Al fin le arrancó la confesion de su derrota.

¡Estaba vencida, y bien vencida!

La jóven se alejó.

No sin haber aceptado una cita para el dia siguiente.

Sonó la hora fatal...

La que ayer era la esperanza de su familia, corre a su pérdida, llena la cabeza de las brillantes mentiras con que la han alucinado!

Las jóvenes que caen en un lazo parecido, tienen aun alguna esperanza de salvacion, cuando les queda un sentimiento de pudor, y un deseo de la estimacion del prógimo!

. . . . . .

La muger que, desde el anochecer hasta las once de la noche se mantiene inmóvil ante una puerta, ó paseándose sin ir mas allá de la fachada de la casa... ¿Que és?

Una «marcheuse.»

(Suplicando al lector que perdone nuestra insistencia, volvemos á recordarle que, en este capítulo, aunque se habla en general y en tiempo presente, solo es cuestion del estado de la prostitucion en Paris y en los años de 31 á 40 de este siglo.)

(En otro capítulo hablaremos del París contemporáneo, completando este estudio.)

La «marcheuse» es una antigua prostituta retirada.

Su trage es modesto pero limpio.

Vá adornada sencillamente.

¿A qué se reducen sus funciones?

A llamar en voz baja á los transeuntes.

A invitarles á que suban la escalera de la casa que ella está allí representando...

En cuya casa, segun sus anuncios banales, se ha de encontrar, al servicio del primero que las solicite, una gran variedad de jóvenes hermosas;

Grisetas;

Campesinas;

Señoritas de buenas familias;

Artistas;

Cómicas...

¡Todas mas lindas unas que otras!

Así lo dice.

Si sus ofrecimientos son escuchados con indiferencia, la «marcheuse» lleva algunas veces su descaro hasta á detener los hombres por el brazo, en interés de su mision.

Estas mugeres sirven pues, de muestra, digámoslo así, á la casa pública.

Amenudo, depende de ellas el éxito de esta clase de establecimientos repugnantes.

Por lo mismo, son muy mimadas.

Diremos mas:

Son temidas por las mismas dueñas de la casa.

En las de primera línea, hay ordinariamente muchas «marcheuses,» cuyo empleo principal consiste en pasear á las prostitutas por la vecindad, por los bulevares y por los pasages.

A veces, estas funciones son tambien desempeñadas por las mismas dueñas.

Pero estas lo son de casas de segundo órden.

«La marcheuse» es casi siempre la comisionista de las prostitutas habitantes en la casa.

Es, por lo mismo, otra sanguijuela que se anticipa á sus caprichos desordenados, para devorar sus economías, y mantenerlas en un estado de miseria, que eterniza su dependencia bajo el yugo de una dueña tan ávida, como intratable.

Hablemos ahora de otra prostituta.

Esta, de que vamos á tratar, aun en su esfera de infamias, es la que ha caido á mayor grado de abyeccion.

Súcia, miserable...

De fijo inspiraria el asco y la mayor repugnancia, si fuese vista á la mas pálida de las claridades.

Pero busca siempre las tinieblas...

Y como las aves nocturnas, no frecuenta mas que los lugares mas oscuros.

Por consiguiente, los mas aislados.

Detrás de los escombros de los derribos...

De piedras de canteria para edificaciones...

De restos de edificios en ruina, llama la atencion del hombre á quien el azar ó un horrible capricho lleva á aquel sitio apartado.

Lánzase sobre él...

Procura escitarle...

Le ensúcia con sus tocamientos...

Y se agarra materialmente á él, hasta que cede á sus provocaciones, ó le dá una limosna.

¡Es la «pedregosa!» («pierreuse»)

(En nuestro idioma y en el dialecto callejero: «la paj... era»)

Algunas veces, esta miserable, sostenida por ladrones, de quienes es emisario, despoja al transeunte que cae en sus manos,

Y que puede considerarse dichoso, si se libra de ellas dejando el reloj y la bolsa.

Muchas mugeres de estas han sido detenidas en diferentes pesquisas de policía.

Algunas tenian mas de 60 años.

Todas eran horribles.

Su fisonomía ofrecia algo de siniestro.

Cuando se las interrogaba, sus respuestas no eran categóricas.

El sonido de su voz era ronco.

Olian mal...

Finalmente, ¡era dudoso que aquellos seres perteneciesen á la especie humana!

De tal modo la inmoralidad habia descompuesto y trastornado su organismo.

No puede comprenderse como, hombres jóvenes, bellos, sanos, tienen valor para estrechar entre sus brazos á tales criaturas feas, y súcias y que exhalan tal fetidez de su cuerpo.

No obstante;

Hay muchos qua se dejan arrastrar por las solicitaciones groseras de seres tan infelices.

Apoyemos esta asercion con un hecho auténticò.

«Una noche, dice Beraud, visité los barrios más aislados de la orilla izquierda del Sena.

»Al llegar á la plaza del palacio del Instituto, frente al puente de las Artes, en compañia de mis inspectores, detuvieron estos, detrás de los leones que decoran la fuente, á una de esas inmundas criaturas, á quien sorprendieron en flagrante delito con un jóven de 19 años.

»Este iba perfectamente vestido.

»Y era de un aspecto agradabilísimo.

»Su «sirena» tenia mas de 60 años.

»Su traje era, no solamente asqueroso, lleno de manchas, sino tambien hecho girones.

»En pocas palabras:

»Aquella muger descarnada;

»Con los ojos «ribeteados y lagrimosos;»

»Sin dientes...

»¡Era horrible!

»¡Incomparablemente asquerosa!

»Yo cometí la simpleza de compadecer al jóven.

»Pues bien:

»Cuando les hice conducir, al cuartelillo próximo, contando con la vergüenza del imberbe libertino al verse en una sala iluminada ante el monstruo, hembra, quedéme estupefacto al ver al primero sonreir con indiferencia, y dialogar con sangre fria, y aun con cariño, con la inmunda «pierreuse».

»Lo confieso:

»Sentí grande indignacion.

»Tanta, que en su primer momento, deseé poder aplicarle el art. 330 del Código penal.

»Tal era su aplomo en circunstancia semejante.

»¡Y tanto me encolerizó!

»Pero sus papeles se hallaban en regla.

»Debí dejarle en libertad.

»Lo cual no hice sin dirigirle severas amonestaciones, á las cuales respondió balbuceando algunas escusas.

»La muger permaneció impasible.

»Yo la puse á disposicion de la autoridad competente.»

Las «prostitutas soldadescas» son las que generalmente rondan al rededor de los cuarteles y de los cuerpos de guardia.

Constantemente «de faccion,» espian el momento en que el soldado no se halla de servicio, para arrastrarle á las tabernas:

Para acompañarle por las afueras...

Y á veces, hasta el campo...

Pertenecen ordinariamente á la hez del populacho.

Y sin educacion, y sin principios, son capaces de cometer los mayores escesos.

«Las soldadescas» son, por lo general, criadas espulsadas de muchas casas y que no encuentran colocacion, á causa de la notoriedad de su mala conducta.

Tambien proceden de los talleres.

Son obreras perezosas, glotonas y libertinas.

Finalmente;